

Diario de una traición: *La operación Masotta* de Carlos Correas

Leonora Djament
Universidad de Buenos Aires

Luego de haber trabajado con los ensayos y el lugar que ocupa en el mundo intelectual argentino un personaje complejo, resistido y leído de manera sesgada como Héctor A. Murena, las páginas que siguen son una primerísima aproximación a otra figura densa del campo cultural argentino: Carlos Correas. Este ensayista, filósofo y narrador, al igual que Murena, encarna la figura del *outsider*, del intelectual olvidado, del personaje oscuro. Sin embargo, no se trata de hacer un culto a la figura de autor, por supuesto, sino de observar a través de ciertos intelectuales el resto del mapa cultural local. En general, la mayoría de los intelectuales suelen ser leídos como aglutinadores de corrientes de pensamientos o grupos intelectuales; y leídos de ese modo solo sirven para constatar esas homogeneidades (*Sur* vs. *Contorno*, por ejemplo). Hay otros intelectuales que no se dejan leer y agrupar tan fácilmente, y que permiten ver las grietas que ya estaban en ese campo cultural, las líneas de fuga. Ese es el caso de Correas. Sus textos, y este que nos ocupa en particular, escenifican una serie de tensiones del campo cultural argentino de manera rotunda y provocativa, que obligan a revisar tanto las condiciones de posibilidad de esa enunciación como los modos de otorgar legibilidad de esos textos.

El libro de Carlos Correas *La operación Masotta. Cuando la muerte también fracasa* (publicado originalmente en 1991 y reeditado en 2007)

puede ser leído como la historia de un amor o, mejor aún, la historia de una traición. Dentro del ya célebre trío intelectual que formaban Juan José Sebreli, Carlos Correas y Oscar Masotta en la década del 50, Masotta y Correas tenían una relación particularmente estrecha. “(...) Hasta hoy *mi* otro sos vos”, escribe en una carta Masotta a Correas. “Así era; así es; éramos cónyuges”, relata Correas (Correas, 2007:56). E insiste: “yo no creo, sé que Masotta es mi hombre” (Correas, 2007:16). Correas se sentía absolutamente seducido por Masotta. El resto de la historia es más o menos conocida: Masotta, ya entrada la década del 60, se distancia de Correas y de sus amigos de juventud, se distancia de su sartrismo originario, por medio del estructuralismo, pasa por el Instituto Di Tella, hasta llegar finalmente al psicoanálisis, en donde se construye como el primer lector de Lacan en la Argentina y su más potente difusor.

Es así que esta es la historia de una traición. Lo que molesta profunda, visceralmente a Correas es que con el correr de los años Masotta haya elegido y se haya rodeado de todo lo que habían detestado en los años 50. La audiencia que escucha a Masotta como docente a partir de los años 60, por ejemplo, estaba repleta de “jóvenes semiólogos formados en la investigación por Eliseo Verón”, en palabras del propio Masotta. A lo que Correas comenta:

Frases como esta pertenecen a un género ya entonces tradicional que nos hacía carcajear, desfachatados a Masotta y a mí en la década del 50. Como en nuestra veintena éramos jóvenes, los demás “jóvenes” nos resultaban cómicos. Si además eran “jóvenes semiólogos” (o “semióticos” o “sociólogos” o “notarios” o “herboristas” o “rugbiers”) la comicidad se multiplicaba. ¡Y qué, si además estaban “formados en la investigación”! ¡Y por el formador Eliseo Verón! (...) Esos “jóvenes semiólogos” eran ahora “sus” alumnos. (2007: 128-129).

Eso es, entonces, lo que se vive como una traición. O, para ser más precisos, como una doble traición: Oscar Masotta deja la filosofía sartreana compartida, abandona la complicidad compartida, pero

también cambia de amistades y, así, deja al sujeto Carlos Correas, deja a su mujer.

Y digo *mujer* no solo por los comentarios recién citados de Correas, sino porque el propio Correas describe en este libro diferentes recursos, diferentes operaciones, a partir de las cuales los miembros del trío se pensaban a sí mismos y se inventaban como jóvenes intelectuales argentinos. Uno de estos recursos era el *recurso de la femineidad*: “Masotta, una mujer imposible; Sebreli, como incluso actualmente, una mujer cómica; yo, una mujer abandonada” (Correas, 2007:21). Es así como Correas va construyendo a lo largo de *La operación Masotta* esta primera persona que habla, que rememora en tanto mujer abandonada, abandonada por Masotta, a causa de sus nuevos intereses intelectuales, nuevas corrientes de pensamiento, nuevos amigos, nuevas mujeres. Una mujer abandonada, de nuevo, en un doble sentido: abandonada por el sujeto que se ama y abandonada por sí misma (Carlos Correas es un sujeto abandonado, que se abandona a sí mismo).

De modo que, en tanto sujeto abandonado, sujeto traicionado, este libro propone ser leído, más que como una biografía de Masotta o una autobiografía de Correas, como un ajuste de cuentas. Correas cita a Beatriz Sarlo y su célebre anotación: “todo *Contorno* es un ajuste de cuentas”; a lo cual Correas precisa: “el ‘todo’ es exorbitante, pero sí, predominaba el ajuste de cuentas. Y este carece aún de final. Los ajustes de cuenta poseen, ellos también, su cuota de inmortal dialéctica” (Correas, 2007: 52-53). Así, la historia intelectual argentina es entendida como un ajuste de cuentas dialéctico: la revista *Contorno* ajusta cuentas con la generación del 25, Masotta ajusta cuentas con David Viñas en los 50 a propósito de las primeras novelas de Viñas, Correas piensa la década del 60 como ajuste de cuentas y crítica de los años 50. Y, claro, este libro

es un ajuste de cuentas del propio Correas con el que fue su entrañable amigo, un ajuste de cuentas post mórtem¹.

Ahora bien, este ajuste de cuentas tiene dos zonas, por los menos, que habría que señalar. La primera es el tono de resentimiento o venganza que le imprime al libro. La otra es una concepción específica de la *verdad*. Hay confianza en la posibilidad de decir algún tipo de verdad. Tanto es así que Correas aclara que el título *Operación Masotta* no refiere a Rodolfo Walsh sino a Dashiell Hammet (escritor traducido al castellano por el propio Correas), en donde “caso” —recuerda Correas— se vuelve sinónimo de “trabajo”, “asunto”, “operación”. *Operación Masotta*, entonces, es también un ensayo detectivesco, en donde se intentará develar una verdad: la verdad de una vida (la de Oscar Masotta, la de él mismo) pero también lo que va a revelar este libro es la verdad de una traición, y por eso la pesquiza.

Efectivamente, hay en *La operación Masotta* la confianza en la existencia de una *verdad* —de la historia, de las personas—, y que esa verdad puede ser dicha de alguna manera. Pero nunca de forma completa, afirmativa, directa sino siempre de manera sesgada. Correas recuerda la sonrisa socarrona de Masotta que “[le] venía de costado” cuando caminaban juntos en las noches porteñas; “Como yo también sonreía, pienso ahora que el sesgo de las sonrisas debía ser en aquel entonces el órgano a través del cual percibíamos el mundo para nosotros: una vida y una obra oblicuas, configuración prolongada en larva que muere de consunción sin poder declarar su verdad, pero su verdad de mero sesgo” (Correas, 2007: 11). Sonrisa sesgada, entonces, que se vuelve modo de percibir la realidad.

Esa verdad, esto que puede ser contado sobre una vida, sobre una amistad, es, además, lo que se escamotea habitualmente en los discursos intelectuales; es lo que nadie dice o nadie se anima a decir. De ahí, este

¹ Recordar que esta generación del 50 se (auto)denominó “denuncialistas”, “parricidas”. Habría que leer en serie esta jerga beligerante que impera en estos jóvenes: denuncia, traición, parricidio, ajuste de cuentas... Correas se va a mantener dentro de este tono y esta concepción del debate.

interés de Correas por fijarse en pequeñas anécdotas, comentarios menores, en lo que no merece atención. “Me ha facilitado en este libro reducir al mínimo lo meramente plausible y aprehender lo quizás a lo sumo más implausible” (Correas, 2007: 16). Para lo plausible están los otros, los discursos oficiales, los elogios institucionales, a la moda, felices. Correas atenderá lo abyecto, lo bajo, lo menor, lo que nadie atiende, lo que a nadie le importa. Lo implausible, forzando el diccionario, será lo que no merece aplauso, pero también lo no admisible.

Lo implausible, entonces, va a ser mostrado a través de la narración de tres décadas (los 50, los 60 y los 70) a través de anécdotas compartidas, a través de un análisis más o menos riguroso de la producción ensayística de Masotta pero, por sobre todo, a través de la injuria. La injuria como forma de la crítica literaria argentina. Ahora bien, no se trata de simples exabruptos por parte de Correas. La injuria en este libro se vuelve procedimiento crítico que produce sentido. Si habitualmente la injuria puede ser tomada como una digresión en la cadena argumentativa que define al ensayo como género, en Correas se produce por momentos el modo inverso: la injuria es el centro del libro, el motor semántico, y las argumentaciones suelen ser digresiones o decorativas.

El propio Correas sabe que lo que practica es un ejercicio de invalidación:

¿Cómo invalidar a Oscar Masotta o, en general, cómo se invalida a un hombre? Pues es simple: reduciéndolo a su injustificado estar ahí material (...) y como además preguntaremos ¿quién invalida?, contestaremos que es la conciencia (...) pues esta se halla constituida como un arma. (Correas, 2007: 19).

Esta arma, entonces, que es la conciencia, dispara, invalida y organiza su injuria en tres pasos o momentos, aunque estos no se produzcan necesariamente de manera ordenada o secuencial.

1. El sujeto que habla en este libro —de un modo muy sartreano— denuncia, injuria, invalida al otro (a Masotta, por lo general, las

traducciones argentinas, otras veces, o el grupo *Contorno*, etc.). Permítanme leer la primera oración del libro que nos ocupa para despejar dudas: “Masotta te caga en un cajón’ decía, alarmante, David Viñas cuando Masotta (...) deambulaba entre los amigos en busca de techo y cama” (Correas, 2007: 19). (No se trata solo de la injuria sino de la delación del comentario hecho por un tercero).

Sigo leyendo al azar, solo para compartir este tono de invalidación y agravio: “Masotta el encharcado”; “El imbécil de Masotta me vio en la facultad”; “Masotta, pensador de la reflexión, no ha reflexionado sobre su entendimiento de Lacan. Solo ha manifestado, no demostrado, su ‘buena’ lectura y su ‘buen’ entendimiento de Lacan frente a otros ‘malos’ entendimientos...”; “La actitud de perezosa rigidez aparece en la contraposición conciencia-estructura. Perezosa: nos ahorramos el trabajo de pensar y de pensar en el pensar acerca de los contenidos que *deben* ser pensados”; “[*Sexo y traición...*], publicado en el 65, es un producto ya pasado del que Oscar se ha desligado... Releído en 1989 es un detritus de aburrimiento”; “esta gansada masottista [se refiere a los debates psicoanalíticos de los años 70] incita preguntas en el mejor (es decir en el peor) sentido teórico: la manía teórica se envicia en el planteo, en el ‘buen’ planteo y en el replanteo... de cuestiones o problemas” (Correas, 2007: 26, 75, 126, 100, 125).

2. Hasta aquí la invalidación del otro. Pero la injuria, la invalidación despliega un segundo momento en donde Correas se incluye en la injuria, se invalida a sí mismo, que es el sustento de la invalidación. Cito al azar: “invalidación y arrojado de mierda sobre sí”; “...el lector habrá advertido que no guardo la menor adoración por lo que fuimos Masotta y yo en los 50”; “éramos unos desgraciados”; “la sucesiva aparición de traducciones castellananas de Merleau-Ponty y de Sartre, incluso pésimas, fue reduciendo [para nosotros], por supuesto, el campo de lo meramente plagiable” (Correas, 2007: 20, 194, 24, 23).

3. Finalmente, hay un tercer momento en el cual Correas da un respiro al lector, o bien lo desconcierta aún más, y termina relativizando, neutralizando los comentarios anteriores. Por ejemplo, ya cerrando el

capítulo sobre los años 50, Correas atempera el enojo y el resentimiento, y menciona una fotografía que se sacaron en un bar, deliberadamente con muchas copas, botellas y jarras de vino sobre la mesa, para parecer grandes bebedores. “En suma, éramos frescos y ascetas, y, por fuera, esmerados, juiciosos; solo por dentro (esto es, de manera irreal) éramos monstruos ávidos y depredadores”; “era la época que amábamos la aventura y el destino del aventurero: el hombre que sale a cambiar el mundo y resulta cambiado por el mundo...”; o bien, luego de hacer un elogio a sus lecturas sesudas de Sartre, Kierkegaard, etc., reconoce que sus propias lecturas eran “tronchadas, malentendidas, embaucadoras...”; “... de la verde y fortificante barbarie de los 50, habíamos pasado —yo también enseñaba, filosofía, a los jóvenes, aunque en la Universidad oficial— a la enteca ilustración de la docencia de fines de los 60 y primera mitad de los 70, en la Argentina” (Correas, 2007: 71, 24, 129). Estos tres pasos, estos tres momentos (que no son consecutivos, que no aparecen necesariamente en todos los casos) constituyen el modo de injuriar al otro e injuriarse a sí mismo (e, incluso, burlarse de cualquier modo argumentativo) para producir esta mirada sesgada, esta sonrisa sesgada, que puede dar cuenta de lo implausible de una época.

Ahora bien, esta *verdad* o efecto de verdad que se va construyendo a lo largo del libro es resultado de este juego, este vaivén o, mejor, este desgaste que se va produciendo entre estos tres pasos que mencionamos. El sentido, así, aparece como una fricción, producto de este desgaste, o como un chirrido de todo este juego y basculación que es el ejercicio intelectual del libro. Es la invalidación, la negación, la injuria lo que producen la posibilidad de un conocimiento sobre Masotta, sobre Correas, sobre esos años rememorados. Por eso no alcanza con leer *La operación Masotta* como una tradicional biografía de un sujeto (Masotta) hecha por otro (Correas); tampoco se trata exactamente de una autobiografía, en donde se pueda leer la propia historia de Correas o la biografía intelectual de una época. *La operación Masotta* exige ser leído a contrapelo, al sesgo: hay que leer la provocación que implica este libro, porque en la provocación y en la injuria se lee también una época pero,

sobre todo, los límites de una época. (Vale la pena leer algunas notas o reseñas contemporáneas a la publicación de este libro, en donde se elogia el ensayo de Correas en general, pero inmediatamente después los reseñistas necesitan defender a Masotta del agravio intolerable e ilegible. Estos mismos comentaristas le reclaman a Correas “contexto”, “disciplina”, “metodología”, en vez de “dejarse leer” por el libro). Lo que hay que leer, en cambio, es el construirse de esta primera persona. Lo que hay que leer es el filo del libro, el filo de la hoja. Lo que corta, lo cortante. Como decía Correas: “no ser solo un desintegrado sino un desintegrante”.

Ser *outsider*, para Correas, es tener una relación específica con la contemporaneidad: es salirse de la contemporaneidad, es ser abyectado del presente. Es ser anacrónico, además de abyecto. Es pensar fuera de los grandes paraguas institucionales. Si en algunos intelectuales este salirse del presente se produce dando un gran salto hacia adelante, en el caso de Correas se trata de quedarse “encharcado” en Sartre y el existencialismo, es sacar su propio libro “tardío” sobre Arlt: “Yo, mucho más burdamente anacrónico que Oscar, escribí un texto sobre Arlt, de 450 páginas tamaño oficio. Me insumió los 7 años de militares (...) Mi ‘instrumento’ fue el sartrismo, y del triunfante Sartre de los años 50” (Correas, 2007: 100). Entrada la década del 60, Masotta se transforma a los ojos de Correas en *el* intelectual contemporáneo por excelencia. Masotta, este hombre de 36 años, “destila pensamiento contemporáneo sobre el pensamiento y el arte contemporáneos” (Correas, 2007: 105). Correas entiende que “la contemporaneidad es esencialmente corporativa. Hay un círculo de la contemporaneidad, en el que se entra y se permanece o en el que no se entra y no se puede entrar” (Correas, 2007: 105). La contemporaneidad, entendida como institucionalización, se vuelve “corporación” para Correas.

Contra la corporación del presente, de lo contemporáneo, de la moda, solo cabe para Correas la injuria, el resentimiento, la abyección, la traición: pero no ya la traición de Masotta hacia Correas, sino del propio

Correas hacia Masotta: traición al presente, traición a ciertas normas de sociabilidad y de amistad, traición a lo plausible.

Versión digital: www.celarg.org